

CAPITULO IV.

Proyectos y temores.

Lo primero que Enrique y Luisa procuraron al acercarse á la ventana, fué ver á los que debajo de ella hablaban. No les fué difícil satisfacer su curiosidad por ser la casa baja, y estar los interlocutores algo retirados de la pared.

Era un grupo de diez hombres, cuyo traje indicaba á primera vista, que pertenecian al bajo pueblo.

Todos iban armados de fusil, y vestian, con corta diferencia, de la misma manera: calzon blanco ancho, sostenido por un ceñidor; sombrero de petate unos y *poblano* de inmensas alas otros; chaqueta de dril blanco ó aplomado, y una frazada al hombro. Los rostros de los mas eran cetrinos; áspero, despeinado y

negro el cabello, y sus cuerpos ágiles, robustos y bien formados. En la mirada de sus ojos se revelaba el valor; en el descuido con que allí permanecian, la sangre fria con que miraban el peligro; y en la atencion con que escuchaban las palabras de otro hombre, á quien daban el nombre de capitan, el alto concepto en que le tenian.

Era este como de treinta y cinco años; sus facciones, aunque podian calificarse de hermosas, carecian de ese *no sé qué* indefinible y significativo que revelan á primera vista la cuna en que ha nacido el hombre: su color era blanco, pero bañado por la capa amarillenta que imprimen los ígneos rayos del sol en el descuidado cutis del soldado y del marino: bajo unas anchas y espesas cejas rubias, brillaban dos pequeños ojos azules, en que se reflejaba la mirada del hombre osado y emprendedor: el bigote lo llevaba largo, y corta la patilla: su frente era espaciosa, pero vestida siempre de un ceño receloso que dejaba traslucir el fondo de un corazon perverso: su cabeza ostentaba una completa redondez que la hacia resaltar mas y mas el pelo que lo llevaba cortado á peine. Su cuerpo era bien forma-

do; su altura gigantesca, y su musculatura atlética.

Vestia este último también de paisano: levita café que llevaba desabrochada; pantalón negro; chaleco de terciopelo carmesí; sombrero *jarano* de castor amarillento echado el barboquejo, y bota muy fina de piel inglesa. El cuello de la camisa lo llevaba doblado hacia abajo, encima de una corbata azul celeste que remataba en un ancho lazo; un gran alfiler de brillantes ostentaba en el pecho, y una larga cadena de oro bajaba de sus hombros para ocultar sus extremos en el bolsillo izquierdo del chaleco en que descansaba un magnífico reloj.

Nadie, pues, por la descripción que de su vestido hemos hecho, le hubiera tomado por capitán, á no ser porque al fin venían á demostrarlo dos presillas que sobre sus hombros se veían, y una larga espada que llevaba ceñida á la cintura con un cinturón de charol negro.

—El golpe es seguro y el triunfo indubable.

Dijo el capitán, saboreando un habano, y arrojando una bocanada de humo.

—Ya deseo que empiece la jarana, capitán

Rossi,—contestó uno con ronca y despacible voz.—Entonces verán los chaquetas (1) y el partido escocés, quiénes son *mas hombres*, si ellos ó nosotros.

—Es que ellos hacen la guerra mas con plata que con balas—añadió otro.—No quieren que se expulse á los *gachupines* (2), y estos corresponden abriendo su bolsillo y franqueándoles sus tesoros.

—Mañana estarán sus riquezas en nuestras manos—dijo el capitán—y los españoles saldrán del país para siempre.

—¿Y no habrá, señor Rossi, excepción para D. Andrés, el padre de la mujer que ama usted?

—Para ese menos que para ningún otro.

(1) Epíteto que daba el pueblo á los que creía adictos al gobierno español.

(2) Palabra india, adulterada por los españoles que empezaron á escribirla de la manera misma que sonaba á su oído, y que significaba *hijos del sol*. Los indios de México antes de que los españoles descubrieran aquella vasta región, creían que otros hombres superiores á ellos, irían *del lado de donde sale el sol*, á apoderarse de aquel país que de derecho les pertenecía; así es que al ver á Hernán Cortés y sus soldados, creyendo cumplida la profecía, exclamaron: *gachupin, gachupin*. Hoy la aplican los mexicanos á todo español cuando tratan de ofenderle.

Me negó orgulloso la mano de su hija, y he jurado vengarme.

—Y los sardos cumplen lo que prometen.

—Soy sardo de nacimiento, pero mexicano por inclinación.

—Lo sabemos, capitán Rossi; pero ni aun así creo que alcanzará usted la mano de Pilar.

—¿Por qué?

—Porque dicen que aborrece á usted mas que su mismo padre.

—Mañana me temerá. Hoy es rica y yo soy pobre; mañana será lo contrario.

—¿Y los favores que debe usted á Don Andrés?

Añadió un tercero.

—Todo el mundo está exceptuado de guardar gratitud á los *gachupines*.

Contestó el italiano.

—Ellos son los que derraman el oro para que muera nuestro partido.

—Los enemigos de las ideas liberales.

—Los que trabajan sordamente porque vuelva á mandarnos Fernando VII.

—Los que conspiran contra nuestra independencia.

—Arrojémosles de nuestro suelo.

Exclamó el capitán Rossi.

—Sí: arrojémosles:—contestaron todos á la vez.—Muerto el perro, muerta la rabia.

—Es preciso—añadió Rossi viendo el buen efecto que producian sus palabras—que acaben las consideraciones que hasta ahora se han tenido con ellos. Mañana nuestras armas elevarán al poder al general Guerrero, y él hará salir del país á sus antiguos dominadores.

—¡Viva el general Guerrero!

Gritó entusiasmado uno de los del grupo. Y luego pasando del tono del entusiasmo al de la impaciencia, añadió:

—Pero Fernando no llega: ¿tendremos que esperarle hasta el día del juicio?

Luisa y Enrique, al escuchar aquel nombre se miraron asombrados, y aplicaron el oído para no perder ni una sola de las palabras de aquella conversacion.

—Media hora mas, señores;—dijo Rossi—media hora mas.

—¿Y no seria mejor esperar esa media hora en su misma casa, y no aquí al aire frío?

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

—De ninguna manera nos conviene hacer tal cosa.

—¿Por qué, mi capitán?

—Porque se alarmaría su mujer, y luego no le dejaría salir para defender nuestra causa, de la cual es uno de los principales caudillos.

—¿No le dejaría salir!

Contestó uno con tono incrédulo, y soltando una carcajada.

—Sin duda alguna.

Advirtió Rossi.

—Usted se chancea, mi capitán. ¿Pues no le deja que pase todas las noches en....

Rossi le atajó la palabra diciendo en voz baja, aunque no tanto que Luisa no lo oyera:

—Es que ella lo ignora.

—¿Y cuál es la causa?—Preguntó otro de los interlocutores, acercándose cuanto pudo al capitán.—¿Los amores con alguna hermosa y principal dama?

—Escuchadme: pero antes prométanme ustedes guardar el secreto.

—Lo juramos.

—Pues atención.

Luisa se arrimó cuanto pudo á la ventana

para descubrir el misterio que encerraban las nocturnas salidas de su esposo: se revistió de toda la fuerza necesaria para escuchar si le era infiel; pero por mas que contenía la respiración para no hacer ruido, ni una sola palabra podía recoger su atento oído. Tanto cuidado puso Rossi de que su acento no traspasase el círculo de hombres que le escuchaban.

—¡Interesante historia!

Exclamó uno en alta voz en cuanto acabó de hablar el capitán.

—Y bien contada—añadió otro.—Pero puesto que sabe usted dónde se halla, y tiene usted entrada en la casa, ¿no sería mejor que fuésemos á buscarle?

—Teneis razon: vamos allá:—contestó Rossi—pero no: iré yo solo. Vosotros llevais fusiles y podriais llamar la atención del gobierno.

—Es verdad.

—Esperadme en la Acordada, y decid al jefe principal, que pronto me presentaré allí con Fernando.

Al concluir estas palabras, los conjurados se alejaron de la casa, y Luisa y Enrique se quedaron temiendo una desgracia.

—¿Has oído, hermano mio?... Mi esposo

está metido en esta revolucion sangrienta, en que se pide la expulsion de los españoles, y se medita la ruina de mil familias.

—Lo sospechaba. Pero esto, aunque me alarma, no me indigna tanto como el recelo que me ha inspirado la historia contada por el capitan y que no hemos podido oír.

—¿Crees tú....?

—Té prometo descubrir ese misterio; pero si olvidado de sus deberes, si abusando de tu afabilidad y prudencia te ofende....

—¡Ah!.... no.... yo no quiero saber nada: su voluntad es que yo ignore este secreto de su vida, y mi deber es respetar sus mas ligeros deseos. Pero ¿no es Fernando el que se descubre allá al fin de la calle?

Enrique fijó la vista en el rumbo que Luisa señalaba, y contestó:

—Sin duda; y está, si no me engaño, hablando con el capitan Rossi.

—Tienes razon.

—Ya se separan, y tu esposo se encamina solo hácia aquí.

—¡Quiera Dios que no haya condescendido con los deseos de los pronunciados!

—No lo esperes. Pero me voy, porque no

podria ocultar mi disgusto por su incomprendible conducta si le viese á mi lado.

—Adios, Enrique. Pide al cielo que no aumente con nuevas amarguras el dolor de mi alma.

Los dos hermanos se abrazaron cariñosamente. Enrique salió prometiendo descubrir el secreto de Fernando, y subiendo en su coche, se perdió entre los arcos del acueducto.

CAPITULO V.

La carta.

Inquieta y abatida se dejó caer sobre el sofá la hermosa Luisa en el instante en que salió su hermano Enrique.

Su alma luchaba con dos ideas que ocupaban despóticas su imaginación toda entera: la una que se desprendía de la duda con respeto á la fidelidad de su esposo; la otra que reconocía por origen el peligro en que, como á conjurado, le consideraba. Pero cediendo por un efecto de recomendable humanidad, el sentimiento del egoísmo su lugar al sentimiento del deber, y posponiendo su amor propio herido á la vida del hombre á quien estaba unida, exclamó:

—¡Es un conspirador!...

Y aterrada con el significado de esta pala-

bra, recorrió con su imaginación, en menos tiempo del que necesitamos para contarlo, el peligroso círculo en que giran los jefes de toda revolución.

Y á sus ojos se presentaron las prisiones, los destierros, la miseria en que había visto gemir en la corta historia de las revoluciones de su patria, á los que habiendo soñado con el triunfo de sus principios políticos, fueron á despertar aherrojados y vencidos al inapetible y terrible fallo de un tribunal de guerra.

Sumergida estaba en esta aterradora idea que, como hemos dicho, absorbía todas las demas, cuando se abrió la puerta dando entrada á Fernando.

Luisa iba á correr á su encuentro, pero su esposo no le dió lugar á ello, sentándose antes á su lado.

—¿Qué tienes, vida mía?—la dijo cogiéndola una mano y notando una mezcla de temor y de cariño que se reflejaba en aquel semblante que no había estudiado el arte del disimulo.—¿Qué te pasa?

—Hoy has venido mas tarde de lo acostumbrado, y me tenia inquieta tu tardanza.

—Sí; en efecto.... me he detenido algo mas, porque....

Y Fernando se detuvo sin saber qué pretexto alegar para justificar su tardanza.

Luisa advirtió aquella turbacion, y fijando los ojos en su esposo para leer en su rostro lo que ocultaba en el alma, le dijo:

—¿Ha ocurrido alguna novedad?.... ¿Se espera algo?

Fernando se inmutó con aquella pregunta inesperada; pero como estaba muy lejos de pensar que su esposa tuviese noticias de lo que pasaba, recobró su serenidad, y contestó con aire jovial:

—¿Por qué me haces esa pregunta, Luisa?

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—Pero con la condicion de que me has de contestar categóricamente.

En las facciones de Fernando se marcó un gesto de recelo. Sin embargo, persuadido de que lo que ella temiera no podia pasar de una suposicion que le seria fácil desvanecer, contestó:

—Te lo prometo.

—¿Estás complicado en la revolucion?

Esta pregunta hecha ex-abrupto desconcertó completamente á nuestro hombre, que no estaba preparado á ella. Luisa lo conoció, y esperó la respuesta fijando su indagadora vista en la de Fernando. Este no pudo resistir aquella escudriñadora mirada; y para evitar que Luisa leyese en sus ojos su turbacion y dedujese por ellos la verdad, los fijó sobre su pantalon, como si hubiese descubierto en él alguna mancha, y se puso á limpiar con el pañuelo mientras conseguia serenarse.

Todo esto fué instantáneo. Fernando no necesitó mas que un momento para dar á su rostro el aire de tranquilidad que convenia, y mientras guardaba el pañuelo y volvía á mirar el sitio en que había fingido la mancha, contestó procurando eludir una respuesta categórica.

—Pero ¿qué motivos tienes para abrigar tal sospecha?

—Que esta noche he oido pronunciar debajo de esta venta tu nombre.

—¿Mi nombre!

Y Fernando no pudo contener su emocion.

—Sí, tu nombre.

—¿Y á quién?

—A varios hombres armados que confere-
ciaban con un capitán á quien llamaban Rossi.

—¡Qué imprudencia!

Dijo para sí Fernando con un movimiento
de cabeza que indicaba su disgusto.

—Gente toda del bajo pueblo que se ocu-
paba en proyectos de exterminio.

—¡Pero estás segura de que hablaban de mí!

Dijo Fernando queriendo ver si aún le que-
daba algun medio para no confesar la verdad
y desorientar á su esposa.

—Segurísima.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque uno de ellos se acercó á llamar á
la puerta.

—¿Y llamó?

—No.

—¡Lo ves!—indicó Fernando con cierto ai-
re de confianza, procurando desterrar todo
recelo del corazón de su consorte.—Sin duda
buscaban á otro de mi mismo nombre.

—Repito que era por tí por quien venían.

Esta manera afirmativa hizo francir imper-
ceptiblemente el gesto del esposo de Luisa,
que contestó:

—¿En qué te fundas para afirmarlo?

—En que le advirtió Rossi que aun no era
hora de que estuvieras en casa, y les despidió
diciendo que él iba á buscarte á una casa en
que precisamente debias hallarte.

—¿Y dijo qué casa era esa?

—Sí.

Fernando palideció; creyó descubierto por
su mujer el motivo que todas las noches le ale-
jaba de ella, y maldijo interiormente la char-
latanería del capitán. Luego, como resuelto
á obrar sobre todos los obstáculos, preguntó.

—¿Y qué casa nombró?

—No lo sé, porque hablaron ya en voz tan
baja, que no pude oír el resto de la conver-
sacion.

Estas palabras llevaron la tranquilidad al
corazón de Fernando; y persuadido de que el
mejor medio de evitar que su mujer tratase
de indagar lo último, era contestar sin reser-
va á la primera pregunta, dijo.

—Pues bien; es cierto: esos hombres me
buscan: son mis amigos políticos, y estoy com-
prometido á perecer con ellos, ó á derrocar
el actual sistema de gobierno.

—¿Qué escuchó!

—Es indispensable la expulsion de los espa-

ñoles para que la nacion salga del malestar que la conduce á la tumba; y puesto que el actual gobierno no satisface las exigencias del pueblo, el pueblo pondrá un gobierno que esté en consonancia con sus ideas.

—¿Y tú crees que los comerciantes y hacendados españoles se oponen á la marcha de nuestro país?

--No los defiendas, Luisa.

—Les aborreces demasiado, y sin embargo tu padre y el mio fueron españoles.

—Si todos se parecieran á esos dos hombres cuyas virtudes no habrá dejado Dios sin recompensa, yo daría por ellos mil y mil vidas. Además, yo no aborrezco á los españoles: querer que no influyan en nuestros negocios, que no se mezclen en nuestra política, no es odiarlos. Al contrario, les aprecio individualmente. Les debemos religion, idioma y costumbres; nos han dado el sér, nos han educado; pero los hijos tienen derecho á salir de la dependencia de sus padres cuando han llegado á la edad de gobernarse por sí mismos.

—Pero ¿no habrá otros que corran á poner término á los males de la patria, sin que tú

expongas tu vida, apoyo único de nuestro querido hijo?

—Está empeñada mi palabra, y dentro de media hora vendrá á buscarme el capitán Rossi.

—¡Rossi!

—¿Por qué te horroriza ese nombre?

—Porque sé que ha jurado la ruina del padre de la mujer que ama: del hombre á quien confiesa deber mil beneficios, y que se cree dispensado de agradecerlos.

—Es sardo: y los sardos, esposa mia, no se detienen en escrúpulos, cuando se trata de tomar venganza.

—Por esa razon siento que admitas su compañía.

—Es un valiente militar; y aunque la ingratitude es un defecto, otras mil cualidades recomendables tiene que le hacen digno de mi aprecio.

Y al decir esto, Fernando fijó por acaso los ojos sobre un papel doblado, que se encontraba tirado en el suelo, al pié de la ventana.

Luisa sin notar en aquel objeto, ni mucho menos en la atencion con que le miraba su esposo, prosiguió.

—¿Pero estás resuelto á combatir en las filas de los pronunciados?

—Sí.

Contestó maquinalmente Fernando, sin haber puesto cuidado en la pregunta que se le habia dirigido: tan preocupado le tenia la vista de aquel papel.

—¡Exponiendo á dejar huérfano á nuestro hijo!

Exclamó Luisa con el acento del dolor, enviando á su esposo una de esas miradas irresistibles, llenas de ternura, á las que nada podemos negar. Pero Fernando ni oyó sus palabras, ni pudo apreciar aquella mirada: el oído habia suspendido sus funciones ante la fuerza de una idea que se habia enseñoreado de su imaginacion: todos los sentidos parecia que habian subordinado sus facultades al imperio del pensamiento, ocupado en el exámen de aquel papel que al principio vió con indiferencia, y que vino luego, por uno de esos presentimientos secretos que no se explican, á fijar toda su atencion.

Luisa, que atribuyó aquella especie de éxtasis en que le veia absorto, á la lucha en que

lo creía ocupado entre el deber de padre y el de ciudadano, añadió:

—¿Te quedarás aquí con nosotros?

Fernando alzó la cabeza como si hubiese despertado al eco de la voz, pero sin entender las palabras, y preguntó sonriendo con esa sonrisa vaga que indica lo preocupada que está la imaginacion con una idea.

—¿Qué decias?

Y volvió á colocar los ojos en el mismo objeto, á pesar de los esfuerzos que hacia para fijarlos en otra parte: aquel papel arrojado al pié de la ventana, tenia una fuerza de atraccion indefinible que absorbia todas sus facultades.

—¿Qué es lo que miras con tanta atencion?

Y Luisa siguió con la vista el rumbo en que fijaba la suya su esposo.

—Nada.

—¿De veras?

Fernando se levantó del sofá sin contestar á la pregunta; sus facciones se vistieron de un aire sombrío; sus ojos seguian inmóviles en el mismo sitio: luego se dirigió hácia la ventana, alzó del suelo el papel que tan preocupado le tenia, y lo abrió con mano convulsa.

—¿Qué papel es ese, Fernando?

Preguntó Luisa sin saber qué pensar de la fría indiferencia que notaba en su esposo.

De repente le vió demudarse, estremecerse como al contacto de una máquina eléctrica, y se estremeció también como si se hallase bajo la misma influencia galvánica.

El rostro de Fernando estaba contraído, blancos sus labios; y á medida que sus ojos iban recorriendo el funesto papel, se revelaba en la contraccion de sus facciones, la sorpresa y la indignacion que le causaba su contenido.

—¡Oh mujer infame!

Exclamó no bien lo acabó de leer, fijando sus ojos encendidos de cólera sobre la tímida esposa, que empezó á temblar como la débil hoja del árbol.

—¿Quién ha escrito estos renglones?

Añadió acercándose frenético á su mujer, y mostrándola el papel que estrujaba con furia entre sus manos.

Luisa clavó asustada sus ojos en el escrito, y reconoció la letra de Miguel.

—¿Quién es? responde.

Continuó ciego de ira Fernando, viendo que su esposa guardaba silencio.

Luisa midió en un instante el abismo insondable de penas que le preparaba aquella carta si insistia en callar el nombre de su autor; pero vió también el lago de sangre que se descorria á sus ojos si carecia de valor suficiente para ocultarlo. No satisfacer á la pregunta de su indignado esposo, era atraer sobre sí todo su enojo, condenarse á padecer, á sufrir toda la vida: complacerle manifestando la verdad, equivalia á firmar la sentencia de muerte contra Miguel, contra el hombre que era su primer amor. Luisa se estremeció al fijarse en esta idea, y prefirió su propia desgracia.

—¿Te has propuesto matarme con tu silencio?—Exclamó por tercera vez Fernando, exasperado por la resistencia de su esposa, y acercando la carta á sus ojos.—¿Quién es su autor?

—Lo ignoro.

Contestó Luisa, resuelta á sobrellevar todas las penas.

—¡Mientes!.... ¡mientes!....

Gritó Fernando con toda la fuerza de la

desesperacion; y se puso á cruzar á largos pasos la estancia como un frenético que no sabe contra quién descargar su furia: sus ojos, brillantes con el fuego de la ira, lanzaban penetrantes miradas que expresaban el exaltado furor de que estaba dominado: sus labios, pálidos por el reconcentrado enojo, se movían pronunciando palabras ininteligibles; su entrecejo se vistió de una severidad amenazadora, espejo fiel de sus terribles pensamientos, y en sus severas facciones se reflejaban el despecho y el deseo de venganza que inflamaba su corazón.

Terrible era el cuadro que presentaba aquella escena doméstica, alumbrada por la opaca luz de un quinqué velado por una elegante pantalla en forma de bóveda que descansaba sobre la bomba de cristal. De un lado una mujer hermosa como el ángel que halaga los ensueños de la juventud, y del otro un hombre de aspecto inflexible, como el severo desengaño tras las doradas ilusiones: aquella dejando ver en sus grandes y apacibles ojos una brillante lágrima como un pecador arrepentido; éste demostrando la rabia y el odio que dominan al genio del mal: la primera con los

brazos lánguidamente caídos y apoyando su linda cabeza sobre el pecho, rogando en silencio al Señor como las vírgenes del claustro; el segundo rechinando los dientes, y articulando entrecortadas frases, cuyo eco aterrador iba á mezclarse con el púdico suspiro y la furtiva queja que, de vez en cuando, exhalaba el blando pecho de la hermosa jóven.

El quinqué arrojaba una debil claridad, describiendo un círculo opaco en medio de la pieza, dejando los ángulos de la estancia envueltos en una media luz que prestaba á los objetos un tinte de misterio y de fantástica vaguedad que aumentaban el sombrío aspecto del conjunto.

La sombra que dibujaba el cuerpo de Fernando, que con la carta en la mano se paseaba, como hemos dicho, á largos pasos, perdiéndose unas veces bajo sus plantas, y cobrando otras formas gigantescas, hasta retratarse en el cielo raso, á proporcion que se acercaba ó se alejaba del sitio en que estaba el quinqué, semejaba uno de esos espíritus vagarosos que no existen en realidad, pero á quienes la exaltada imaginacion presta formas impalpables y fantásticas.

La estatura del personajè que nos ocupa, era de seis piés; su rostro enjuto y largo de un color pronunciadamente trigueño: negros los ojos y expresivos cuando el alma se encontraba en completa calma: nariz gruesa y corta: delgados los labios; la patilla y el bigote negros y ralos: el cuerpo bien formado y de varoniles proporciones; espaciosa la frente, y la cabeza airosa y despejada. Era, en una palabra, uno de esos hombres, que si no pueden aspirar al nombre de hermosos, están muy lejos de merecer tampoco la triste calificación de feos. Sin embargo, en aquel momento desaparecía todo lo que de agradable le había concedido la naturaleza, bajo la repugnante contracción que marcaba en sus facciones la ira de que estaba poseído.

Luisa, agobiada con el dolor que el incidente de la carta había causado á entrambos, condenaba la imprudencia de Miguel, y no sabía cómo explicar el que se encontrara allí.

—Sin duda—pensó de repente—la arrojó cuando entré en la alcoba de mi hijo. ¡Si él supiera el daño que me ha causado con su imprudencia!

Y fijó los ojos en Fernando que se detuvo

en medio del cuarto, abismado con el peso de sus pensamientos.

—¡Es preciso—exclamó este último tomando una resolución decisiva—salir de esta situación horrible!

Luisa se estremeció al escuchar aquellas palabras.

—¿No sabes—le dijo Fernando acercándose á ella con ademán amenazador—que he depositado en tí mi honor y mi confianza? ¿No sabes que al darme tu mano renunciaste á todos los hombres del mundo?... ¿No sabes que para la mujer adúltera tienen las leyes castigos muy severos?... ¡Ah!... pues bien, si en algo aprecias mi tranquilidad y la tuya, dime de quién es esta letra; dime quién es el hombre que la ha escrito, y que para librarse de mi justo enojo no ha querido poner su nombre!... dímelo, y te perdono.

La desventurada Luisa solo respondió con un ahogado suspiro y con abundantes lágrimas que corrían por su delicada faz.

—¿Insistes en callar?

Gritó Fernando mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—Te juro que yo no he recibido ni visto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

ese papel.... te lo juro Fernando.

Dijo cayendo de rodillas á los piés de su indignado esposo.

—¡Apártate, hipócrita!....

Contestó éste arrojándola de sí, y haciéndola rodar por el suelo.

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!....

Exclamó Luisa pálida como la muerte, y sin dejar escapar de sus labios una queja por el trato de su esposo.

Fernando conoció que con una mujer del temple de Luisa, no era el rigor el recurso mas á propósito para descubrir lo que tanto le convenia á su honra, y quiso ensayar otro medio mas suave que le condujese por distinto camino al fin que se habia propuesto. Hala gado por esta idea, que juzgó como la única segura, trató de dar á su semblante toda la dulzura posible: desarrugó el entrecejo; alargó la mano para levantar á su esposa del suelo, y consiguió que desapareciese de sus ojos la severa mirada que los hacia imponentes.

—Perdóname, Luisa mia.... perdóname:—dijo como arrepentido de su falta y dando á su acento la dulzura conveniente.—Ha sido un arrebató, hijo del dolor que me ha causa-

do tan desagradable ocurrencia. Sin embargo, tú conocerás que mi violento proceder merece una disculpa, y no me negarás el favor que te pido, y del cual depende mi tranquilidad. Solo hay un hombre que podría atreverse á atentar contra mi honra, alucinado con las ilusiones de un amor que ya no existe.... Luisa, ¿es ese hombre cuyo nombre callo, y que tú conoces lo mismo que yo, quien ha osado escribirte este papel?

Luisa no se atrevió á contestar: Fernando se mordió los labios, pero sin manifestar enojo: luego, haciendo un esfuerzo para disimular el disgusto que aquel silencio le causaba, añadió sonriendo para mejor ocultar su impaciencia.

—Compláceme, Luisa; yo te lo suplico: ¿es ese el hombre que ha escrito este papel?

La jóven fijó sus grandes y hermosos ojos arrasados en lágrimas en su esposo, con aire de inocencia, y respondió:

—¡Lo ignoro!

Un grito de desesperacion semejante á la explosion del volcan comprimido que revienta, salió del pecho de Fernando. Exal-

tado por aquella resistencia tenaz que contrariaba su voluntad, iba tal vez á poner en juego medios mas violentos para conseguir su intento, cuando se dejó oír el ruido de pasos de alguno que se acercaba al lugar de la escena. Entonces tuvo lugar una de esas peripecias tan comunes en la sociedad: los rostros de ambos consortes sufrieron una mutacion completa: las lágrimas y el dolor desaparecieron del semblante de Luisa: la ira y la indignacion cedieron su lugar á la estudiada calma en el de Fernando.

—Enjuga tus lágrimas, Luisa; que no es justo ni conveniente que nadie conozca lo que acaba de pasar entre nosotros.

Y Fernando, al decir esto, se sentó en el sofá al lado de su esposa, fingiendo ambos una alegría que estaban muy lejos de disfrutar.

A pocos instantes entró Juana diciendo:

—El Sr. Rossi espera á vd. en la puerta de la calle, señor amo: dice que no quiere entrar por no detenerse.

—Dile que allá voy.

Y la criada volvió á dejar solos á los consortes.

—Luisa—dijo Fernando mientras cogia un par de pistolas y se ceñía la espada—ten presente que te has negado á confiarme el nombre del que no tuvo valor de ponerlo al pié de lo que te escribia: ten presente que te lo he exigido, que te lo he rogado en vano. Y ¿para qué necesitaba yo que tus impuros labios lo pronunciasen, si ya me lo estaban revelando á gritos tu confusion y mis celos?... ¡Pero despídete de él, ó de mí para siempre!.... Ese hombre, cuyo nombre callas, es mi enemigo capital: el destino nos coloca hoy uno enfrente del otro con las armas en la mano: él busca mi muerte política y la muerte de mi honra; pero mi voz le llamará en el combate, y mi espada atajará la vida del inícuo á quien adoras.

Y arrojándola de sí con la fuerza que da la desesperacion, y cerrando de golpe la puerta, salió furioso á la calle donde le esperaba impaciente el capitán Rossi. Luisa, oprimida con el peso de tanto padecer, cayó sin fuerzas sobre el sofá derramando un torrente de lágrimas.